

EL ARTE DE BARBARA JARDINE

Marina Salandy-Brown

No existe el arte caribeño único, aunque lo parezca. De hecho, la música de Cuba, Jamaica o Trinidad; el carnaval en Colombia o en las islas; el baile en los diversos países, si bien son sinónimos de la zona tropical, difieren entre sí. Las expresiones culturales actuales no se ajustan a nuestras expectativas de ubicuidad tropical que tenemos del archipiélago y mucho menos del Caribe anglófono.

Las obras literarias del novelista trinitense Vidia Naipaul y del poeta Derek Walcott de Santa Lucía, ambos galardonados con el Premio Nobel, junto con la obra de muchísimos más escritores nacidos en el Caribe, que incluye al excepcional cantante Bob Marley —conocido en todo el mundo—, colocan a la región anglófona caribeña en el centro del debate sobre qué constituye el arte universal.

Trinidad y Tobago y el arte de Barbara Jardine (Trinidad, 1951) también contradicen cualquier definición fácil del arte y amplían nuestro entendimiento de lo que puede significar una estética específicamente caribeña. Las artes plásticas, como también la literatura anglófona, surgen de la tradición europea. Las poblaciones caribeñas proceden de todas partes del mundo. Las islas colonizadas y ahora independientes del Caribe nunca han sido ajenas a los acontecimientos y movimientos mundiales, y el encuentro de culturas que se produce en la región sigue produciendo cierto tipo de novedad propia.

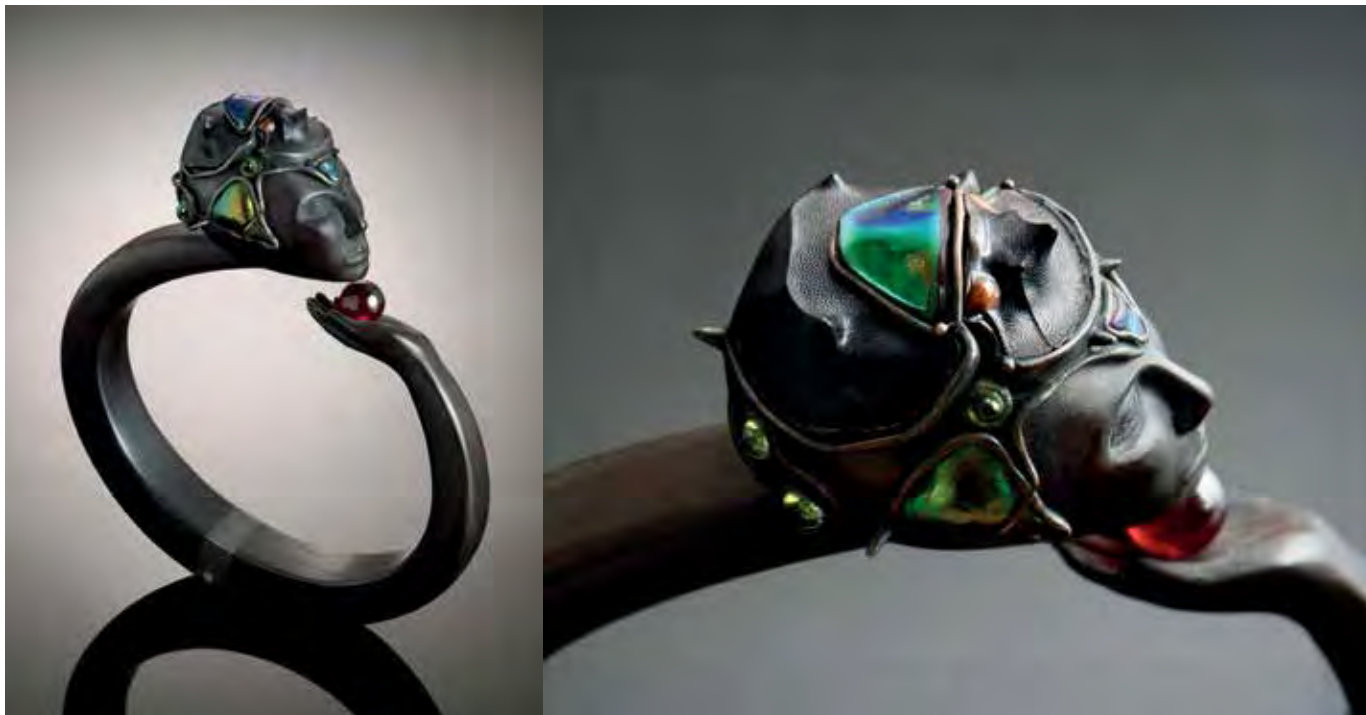
Podemos valorar el arte de los países independientes según ciertos factores: en función de su nación o no, y en cuanto al contraste entre lo tradicional y lo innovador. El arte de Barbara Jardine exige que apreciemos su talento partiendo de la tradición europea/británica en la que se formó y, a la vez, según la realidad de su isla nativa que la lleva a innovar. Al vivir en el Caribe y lejos de los centros de arte tradicionales, esta artista trinitense se distingue por haber creado una nueva manera de construir sus obras de “objets” —llevados sobre el cuerpo o como obra expuesta, joyería y escultura— que representa una ruptura tanto

respecto a sus predecesores como con la dirección tomada por otros artistas contemporáneos.

Nacida en los años cincuenta, de padres de origen criollo, con diez años de edad se trasladó desde una escuela en Trinidad a un internado en Inglaterra. Cuando volvió a Trinidad con 23 años, ya era una artista ilustre en su medio de elección: la joyería y la platería. En junio de 1974, la revista *Vogue* publicó una de sus obras expuestas en la muestra de alumnos del prestigioso Royal College of Art en Londres. En 1981 el famoso Victoria y Albert Museum (V&A) compró esa misma pulsera negra —*The Warrior*— que forma parte de la colección permanente del museo en Londres y se distingue por ser la imagen principal en el proyecto “Caribbean Trail” en 2021, en la página en Instagram del V&A. Otras obras se encuentran en el museo nacional de Trinidad y Tobago y en colecciones privadas internacionales.

Jardine nos ofrece la oportunidad de contemplar su interpretación de la pluralidad cultural y la hibridación, al mismo tiempo que nos enfrenta con el aislamiento personal. Sus *objets* poseen una intensidad y profundidad que nos llevan más allá de su pura belleza y también una claridad feroz que nos desarma por la destreza impresionante del artista. Según Judy Raymond, la autora de la biografía *Barbara Jardine: Goldsmith*: “El trabajo de Jardine no está a merced de las modas o los efectos de masa... Tampoco se preocupa por temas clásicos o heroicos, sino por preocupaciones personales.” Jardine está de acuerdo en ello: “Mis piezas más importantes siempre han transmitido un mensaje autobiográfico, puesto que nacen de lo que sentía profundamente cuando las creaba, no siempre de manera consciente. Con frecuencia sólo me daba cuenta de lo que expresaban años después”.

Y su mensaje propio y singular se expresa improvisando e innovando con el empleo de una amplia gama de materiales locales —erizos de mar, nácar, calabazas, escarabajos iridiscentes, ébano, reciclado marfil y concha de tortuga— junto a joyas y metales tradicionales, y siempre con la misma perspectiva dual europea-trinitense y con su talento agudo y potente. 



El Guerrero – pulsera, 1974. Ébano, escarabajo, caparazón de tortuga, plata fina, turmalina, granate



Metamorfosis – collar y colgante, 1987. El collar: perlas naturales de color gris con oro, plata oxidada, tórax de escarabajo verde. El colgante: coral negro, piedra lunar, granate, cuerno de capra, perlas gris, oro, plata oxidada



Fulgor nocturno – frasco de perfume, 2012. El tapon: coral negro, caparazón de tortuga, pan de oro, plata oxidada. La calabaza: vidrio forrado de pintura negra, plata oxidada, taraceado de caparazón de tortuga y nácar negro. La base: plata oxidada y caparazón de tortuga negra



Serpiente en la heliconia2 – frasco de perfume, 2011.



In memoriam – broche, 1994. Plata oxidada, oro, coral negro, caparazón de tortuga



Noli me Tángere – caja, 1993. Baquelita antigua, plata, oro, caparazón de tortuga, ébano, marfil, azabache, nácar marrón



Prueba de amor 2 – cuchillo de papel, 1989. Cornalina, plata, marfil, ópala de fuego

Marina Salandy-Brown. Periodista, radio comunicadora y activista cultural trinitense. Es la presidente y fundadora del Bocas LitFest, el festival anual de literatura en Trinidad y Tobago. Es columnista semanal para *Newsday* en Trinidad. www.barbarajardine.com